

LA CRISIS: SITUACION Y PERSPECTIVAS DE AMERICA LATINA

EL PASADO INMEDIATO Y LAS PERSPECTIVAS DE AMÉRICA LATINA

Arturo BONILLA S.*

En mi calidad de Director de la revista *Problemas del Desarrollo*, a fines de 1979, escribí un largo editorial sobre la situación y perspectivas de América Latina a propósito de cumplirse el décimo año de publicación del órgano oficial del Instituto de Investigaciones Económicas.¹ Cuando en México se «gozaba» del auge petrolero, en ese editorial dije lo siguiente:

De la experiencia habida en América Latina no se puede desprender que pueda haber estabilidad en cuanto al futuro del sistema capitalista en la región.

En efecto, es probable que América Latina siga teniendo con sus vaivenes e inestabilidad, una expansión del producto interno bruto, ya que no necesariamente la inestabilidad significa estancamiento de las fuerzas productivas [...] lo cierto es que dentro de la contradictoria y cambiante economía latinoamericana, ésta se desenvolverá, en la década de los ochenta, en un proceso de creciente dependencia financiera y técnica, de mayor

* Investigador Titular del IIEC-UNAM.

¹ Véase: "A nuestros lectores", "América Latina: a diez años de publicación de *Problemas del Desarrollo*", pp. 7-17 en *Problemas del Desarrollo*, No. 40, noviembre 1979-enero 1980, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

transnacionalización y monopolización y con una creciente participación del Estado en la actividad productiva. El endeudamiento público y privado externo e interno se elevará todavía más rápidamente de lo observado en la década de los setenta.²

A cuatro años de distancia, es motivo de satisfacción profesional constatar que tuvimos razón sobre todo porque en ese tiempo todavía pesaban mucho las versiones apologéticas respecto a un futuro color de rosa sobre el capitalismo latinoamericano. Tres cosas hay que destacar en ese breve pronóstico que elaboré:

a) La economía latinoamericana continuaría en crisis aunque podría haber desarrollo de sus fuerzas productivas. Y así fue en efecto, pues en los años de 1980 y 1981 la crisis se profundizó pero todavía hubo crecimiento del producto interno bruto de América Latina. El BID en su informe anual de 1981 calculó que en 1979 la tasa de crecimiento fue del 6.1%, la de 1980 fue de 5.7% y para 1981 "sólo creció alrededor del 1%", y agregaba: "Si se confirman las estimaciones preliminares, la economía latinoamericana habrá experimentado en 1981 el año más desfavorable en más de dos décadas".³

Pero el proceso de deterioro de la economía latinoamericana continuó a lo largo de 1982 y el BID afirmó al respecto que: "la economía latinoamericana experimentó durante 1982 un continuado estancamiento [...] Las estimaciones preliminares indican que en 1982 el PIB de América Latina experimentó una disminución del 1%".⁴

b) En ese vaticinio comentaba que la economía latinoamericana se desenvolvería a lo largo de los ochenta en un proceso de creciente dependencia financiera y técnica. Así fue en efecto a lo largo de los últimos cuatro años, pues si en 1979 según la CEPAL la deuda externa de América Latina fue de 169 mil millones de dólares, ésta fue creciendo año con año hasta llegar en 1982 a 282 mil millones de dólares. Es decir en el curso de sólo cuatro años la deuda externa latinoamericana creció en 105 mil millones de dólares, ésto es un aumento de 62%.

De lo anterior hay que llamar la atención en los dos siguientes

² *Idem.*, p. 16.

³ Véase: Banco Interamericano de Desarrollo. *Informe Anual 1981*, Washington, EUA, p. 31.

⁴ Véase: Banco Interamericano de Desarrollo. *Informe Anual 1982*, Washington, EUA, p. 27.

hechos: la economía latinoamericana fue perdiendo ritmo de crecimiento hasta llegar a decrecer en 1982, pero al mismo tiempo la deuda externa creció a un ritmo promedio anual de 15%. Así se corroboró que la transnacionalización de la economía latinoamericana aumentaría y por lo mismo su monopolización y creciente dependencia. Hoy, el dominio del capital imperialista sobre la región se ha acentuado aún más. La principal forma que ha acelerado esa monopolización, dependencia y transnacionalización ha sido precisamente la expansión de la deuda externa la que ahora todos los países latinoamericanos tienen que pagar pero en condiciones cada vez más difíciles. En el curso de estos cuatro años la banca transnacional ha influido mucho más que antes en el diseño de las políticas económicas de los países latinoamericanos a efecto de que estos puedan cubrir sus obligaciones financieras tal y como dicha banca lo exige.

c) Sobre el futuro inmediato de América Latina señalamos también que el Estado tendría una creciente participación en la actividad productiva. Y también en éste, casi así ha sido en efecto, pues la rápida expansión de los créditos externos de América Latina se ha llevado a afecto principalmente mediante su concertación con los Estados de cada país, tanto para obras de infraestructura, como a través de coinversiones industriales con empresas privadas nacionales extranjeras, o bien mediante el otorgamiento de avales estatales para garantizar el crédito externo. Las instituciones públicas relacionadas con fomento y desarrollo de las actividades productivas paulatinamente han ido transformándose parcialmente en agencias que tienen la obligación de seleccionar, canalizar y vigilar el uso de los recursos provenientes de la banca imperialista. Y no sólo eso, sino que además en momentos como el presente caracterizados por la crisis, los Estados han tenido que establecer nuevos mecanismos de protección y ayuda al capital privado, extranjero o nacional, invertido en cada país: divisas a precios más bajos que las cotizaciones del mercado «libre», o bien se crean fondos con dólares para facilitar la importación de equipos y maquinaria.

También los Estados han absorbido total o parcialmente o por lo menos garantizado las deudas externas de las empresas privadas, que por la crisis no están en condiciones de pagar sus pasivos en dólares. De otro lado, ante el enrarecimiento de las divisas y disminución del comercio exterior y como una forma de atenuar la crisis, los Estados latinoamericanos también han recurrido al acrecentamiento del proteccionismo, a la compra de empresas quebradas, o bien a la venta de algunas que no tienen pérdidas. Y así por el

estilo, habría que mencionar muchas otras formas en cómo los Estados han aumentado su importancia en la esfera de la producción y circulación mercantiles. Todo ello como una muestra de que el capitalismo monopolista de Estado, expresión del capitalismo actual va avanzando en América Latina. Baste recordar cómo a propósito de la gran crisis de 1929-33, se generalizó en muchos países esta etapa del capitalismo. Lo mismo ocurre ahora.

Los cambios políticos

Con la profundización de la crisis actual y la creciente incapacidad de las políticas económicas de los Estados latinoamericanos para apuntalar y sacar adelante al capitalismo en el subcontinente, los pueblos buscarían soluciones no capitalistas a la crisis. Al respecto señale:

La década de los ochenta seguramente estará llena de experiencias positivas y negativas en la búsqueda de la transformación social. Los cambios en general serán favorables a los intereses de los pueblos latinoamericanos, los que, con todas las enormes complicaciones que implica la lucha por el cambio social, de destrucción física y altas cuotas de su propia sangre, tendrán como resultado la transformación estructural profunda en algunos países, mientras que en otros por lo menos habrá avances de las luchas populares en búsqueda de un nuevo orden de cosas que permite atenuar las crecientes y abismales desigualdades sociales, con su cauda de explotación, falta de oportunidades de trabajo, de educación, salarios a la baja y el endeudamiento.⁵

Los acontecimientos habidos en los últimos cuatro años también confirman nuestras apreciaciones. En América Latina se están efectuando cambios impulsados por las fuerzas populares, que si bien no se pueden considerar como cambios estructurales, si están modificando en buena medida la situación política existente a fines de 1979.

Las luchas populares por la transformación social en América Latina se desenvuelven en dos grandes vertientes. La primera de ellas está relacionada con las luchas populares por la democratización de la vida política y social pero que no necesariamente se establecen como

objetivo inmediato la lucha por el socialismo. Tales son los casos de Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y Bolivia. Como se recordará el mapa político latinoamericano estaba fuertemente ensombrecido con el avance que habían logrado las dictaduras militares en muchos países de la región. En la segunda gran vertiente las masas populares se empiezan a orientar en una lucha anticapitalista cuyo objetivo es la transformación estructural de la sociedad. En tal situación podríamos anotar los casos de Perú, Colombia, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Veamos el primer caso.

El mayor avance que los pueblos latinoamericanos están logrando es el debilitamiento de las dictaduras militares que a base de grandes represiones se entronizaron en el poder en los países del Cono Sur, dictaduras que prohijaron una política de fuertes sesgos monetaristas y que sólo coadyuvó a acelerar más el quiebre de empresas, la miseria y la desocupación de los trabajadores.

En Brasil, que por su magnitud e importancia influye más que ningún otro país en América del Sur, se tiene una crisis prolongada a lo largo de ya diez años, y los sucesivos gobiernos militares brasileños no han estado en condiciones de superar la crisis, antes al contrario, la situación ha ido de mal en peor. La constante involucreción del FMI en la política económica brasileña mediante el diseño de políticas monetaristas ha traído como consecuencia crecientes y mayores exigencias que han provocado más y más irritación popular por ser los trabajadores urbanos y rurales los más afectados, pero no sólo eso sino que amplios sectores de la burguesía brasileña han sido duramente afectados tanto por la crisis como por la política fondomonetarista establecida. La dependencia tecnológica y financiera de Brasil trae como consecuencia que las autoridades brasileñas, busquen cada vez más como salida a la crisis, un mayor endeudamiento externo lo que significa echarse aún más la soga al cuello. Hoy día el gobierno de Brasil es ya incapaz de poder gobernar en condiciones muéllas y tranquilas que permitan la reproducción del capital. En dicho país penosa y lentamente se van perfilando procesos políticos que van en la dirección de sacar a los militares del poder.

En Chile las cosas andan por ese estilo; hoy día está a la defensiva el régimen militar de Pinochet y seguramente que no podrá permanecer por mucho tiempo más en el gobierno ante la lucha y presión del pueblo chileno por sacarlo del poder. En el caso chileno, también la base de apoyo que tuvo en las etapas iniciales la dictadura entre capas medias y burguesía chilenas, se han desmoronado ante el agravamiento de la crisis capitalista que no sólo ha afectado

⁵ *Ibid.*, p. 16.

a los trabajadores chilenos, sino que ha perjudicado también a los estamentos sociales que creyeron que Pinochet, sería su «salvación» ante el temor de que el gobierno de Allende los fuera a llevar al socialismo. Esos sectores sociales que apoyaron a Pinochet hoy están en su contra y junto a los trabajadores se han convertido en la fuerza social que derrumbará a la dictadura. En las grandes jornadas libradas por el pueblo chileno para la democratización de la vida política de Chile, ya la dictadura nuevamente ha ensañado sobre sus opositores y hasta el momento alrededor de 100 personas han pagado con su vida su decisión de acabar con la dictadura de Pinochet.

En Bolivia, se han librado grandes luchas populares que por fin permitieron la expulsión de los militares del poder, y establecido un gobierno de carácter democrático como lo es el de Hernán Siles Suazo, pero como una muestra de las grandes dificultades políticas tradicionales de Bolivia ahora aumentadas por la crisis capitalista, el gobierno de Siles Suazo se debilita por la insuficiente resolución de su gobierno para apoyarse plenamente en el pueblo e impulsar las tareas de una lucha antimperialista y antioligárquica. No basta expulsar a los dictadores militares del poder para sacar a Bolivia de su crisis.

En Argentina empieza a verse luz en el oscuro túnel en el que desde 1976 había quedado sumido el pueblo argentino por el acentamiento de la represión con más de 30 mil desaparecidos y persecución de miles y miles de argentinos, todo ello en medio de la crisis económica que día a día se agrava y que pretendían resolver los militares. Mediante el casi ciego seguimiento de una política monetarista favorable al capital imperialista pero que no sólo estrangula a los trabajadores argentinos sino en general asfixia al capitalismo argentino. Las recientes elecciones en Argentina han dado como resultado el triunfo de Raúl Alfonsín y a los militares argentinos no les queda otro camino que abandonar el poder, sobre todo después de su desastrosa aventura en Las Malvinas.

Ese triunfo electoral es un gran avance en la dirección correcta y a la vez es una muestra de la vocación democrática del pueblo argentino. Pero no hay que echar las campanas al vuelo ya que como lo muestra el caso de Bolivia no basta eliminar a los dictadores militares para pensar que ya el capitalismo argentino se repondrá. No será de ninguna manera fácil que el gobierno de Alfonsín logre resolver los graves problemas económicos sociales que han surgido por la crisis, y ello será así mientras no impulse medidas que pongan al capital trasnacional y oligárquico contra la

pared y en favor del pueblo argentino. Y decimos esto porque el próximo gobierno argentino enfrentará la no agradable tarea de tener que pagar los intereses de la deuda externa principal factor, aunque no único de desestabilización y fuentes de desajustes y malestar social. De no enfrentarse con entereza a los designios de la banca imperialista, los problemas de la economía argentina seguirán profundizándose.

Un factor favorable que sin duda coadyuvará a atenuar las dificultades de la reproducción del capital en Argentina lo constituye el hecho de haberse anunciado que el nuevo gobierno disminuirá drásticamente el presupuesto para las fuerzas armadas. Tampoco esa tarea es fácil de lograr bien se sabe de las enormes dificultades políticas internas y de las presiones de EUA que se interponen en el logro de ese objetivo. En la medida que esto se alcance, el gobierno argentino podrá disponer de recursos para fines de inversión y expansión de la planta productiva —ahora canalizados improductivamente al ejército. De cualquier manera y, pese al alivio que signifique disminuir el gasto militar, el peso del capital monopolista, sobre todo de la banca norteamericana seguirá siendo el factor principal de desajuste y descapitalización y, por lo mismo, de inestabilidad del capitalismo argentino.

En Uruguay, la pretensión de los gobiernos militares de poner en orden las cosas, acabar con la subversión como condicionantes indispensables para sacar a Uruguay de la crisis ya han dado también muestras de haber sido incapaces de superar la crisis, la que paulatinamente se ha ido haciendo más severa. El pueblo uruguayo ha dado muestras evidentes de su creciente nivel de conciencia y también de lucha y al paso que vamos no durarán mucho tiempo los militares en el poder, pues al igual que en Chile, Argentina, Brasil y Bolivia las dictaduras militares se han desgastado y desprestigiado ante sus respectivos pueblos.

El otro grupo de países en donde la lucha social adquiere características de impulso hacia una transformación de toda la estructura capitalista sustituyéndola por regímenes sociales no capitalistas, pero que probablemente devengan en el futuro en una lucha por la instauración del socialismo, son los siguientes: Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Colombia, Perú y probablemente Chile. Es muy difícil estimar cuánto tiempo dure este proceso pero en la medida en que la crisis actual se profundice seguramente que estas luchas se acentuarán. A riesgo de equivocarnos es posible pensar que en lo que resta de la década presente y comienzos de los noven-

ta, esos cambios se irán perfilando con mayor fuerza. Veamos cada caso:

Nicaragua, El Salvador y Guatemala, no obstante las diferencias en cuanto al grado y nivel de lucha de las fuerzas populares propicias al cambio en cada uno de estos países, todo pareciera indicar que van a avanzar más.

En Guatemala, por ejemplo, en donde el grado de desarrollo de la lucha guerrillera es menor, lo cierto es que en la clase dominante y en el seno de las fuerzas armadas guatemaltecas, así como en círculos financieros de la banca trasnacional, existe la sensación de que no se podrá restituir el proceso de acumulación de ganancias durante los próximos años. Esta apreciación se deja sentir claramente con la creciente salida de capitales y divisas que van a parar a los bancos norteamericanos y europeos, con lo cual se acentúa la crisis y la inversión disminuye, haciendo todavía más angustiosa la vida para la mayoría de los guatemaltecos quienes desde hace décadas han sufrido en forma dramática las consecuencias del atraso y del subdesarrollo, y de dictaduras militares con su secuela represiva de secuestros y asesinatos de muchos ciudadanos. Se estima que desde la eliminación del gobierno democrático de Arbens en 1954, han muerto alrededor de unos 100 mil guatemaltecos. El parto de una nueva sociedad en este hermoso país ya es sumamente alto.

En El Salvador, la situación de asfixia de la estructura productiva es aún peor que en el caso de Guatemala, y por lo mismo la descapitalización y «fuga» de divisas han adquirido perfiles dramáticos sólo atenuada un tanto por el creciente apoyo económico que EUA ha brindado a los regímenes militares de ese país, apoyo que no ha impedido el rápido aumento del desempleo, la emigración y la creciente incapacidad de los últimos gobiernos salvadoreños para evitar el caos. Esas son las condiciones objetivas que propician la creciente lucha del pueblo salvadoreño por establecer un gobierno de base genuinamente popular.

En Nicaragua, la lucha de los sandinistas por reconstruir y hacer avanzar la economía nicaragüense introduciendo cambios favorables a la gran mayoría de la población, hoy día se ven amenazados por la creciente agresividad de los grupos contrarrevolucionarios que, apoyados por el gobierno de los EUA, desde Honduras y en menor grado desde Costa Rica, atacan incesantemente a los pueblos fronterizos nicaragüenses. Ante el fracaso de estas incursiones el gobierno norteamericano tiene todo preparado para realizar una inva-

sión en grande escala del territorio nicaragüense. Más recientemente se ha hecho de público conocimiento que en El Salvador también podría iniciarse la invasión.

Nadie lo desea, pero en el caso, de que el gobierno de los EUA lanzara una invasión ya sea en Nicaragua o El Salvador, cosa nada improbable a estas alturas, Centroamérica se convertiría en un nuevo Vietnam y los pueblos centroamericanos sufrirían lo indecible pero opondrían una resistencia tenaz a las tropas norteamericanas y mercenarios. A la larga, EUA sufriría una nueva derrota, pues una invasión, no eliminaría las profundas causas que han generado el subdesarrollo, ni sentaría condiciones para una solución que permitiera la reproducción del capital en forma tranquila. Antes al contrario acentuaría la miseria, la desesperación y la lucha en contra del invasor. La desolación y la muerte se sentirían por todos lados.

Colombia es otro de los países que a nuestro juicio está desde hace unos treinta años en una lucha popular prolongada. Si en la llamada época de «la violencia», fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, hubo unos 300 mil muertos, de entonces para acá no sería improbable que haya habido unos 100 mil muertos más.

Dos parecieran ser los más importantes obstáculos que se han interpuesto en el ya largo camino de la transformación revolucionaria de la economía y sociedad colombianas. Primeramente podríamos señalar el siguiente: el capitalismo subdesarrollado de Colombia con todas sus grandes limitaciones históricas y pese a los problemas políticos que ha enfrentado la clase dominante para gobernar, logró hasta antes de la presente crisis, un crecimiento que si bien no ha sido espectacular ha permitido la reproducción del capital en condiciones favorables que han hecho posible el cambio de una economía de fisonomía agraria, hacia una en donde el peso de la industria ha ido tomando importancia. La estructura de la economía colombiana a lo largo de los últimos 30 años se ha hecho más compleja e influido en buena medida en la composición y modificación de la estructura de clases. Los graves problemas financieros típicos de otros países latinoamericanos se han visto un poco atenuados en Colombia por la captación de divisas que deja la venta de drogas en los EUA.

Pero por tratarse de un desarrollo capitalista con fuertes sesgos monopolistas las ganancias obtenidas tienen como efecto un rápido proceso de concentración del capital tanto social como regionalmente.

Por esa razón, dicho desarrollo ha beneficiado en mínima escala a la población rural, e incluso podría decirse que la ha perjudicado sobre todo a las personas de más bajos ingresos, circunstancia que

ha favorecido que sea en el medio rural en donde se mantengan y desarrollen las fuerzas guerrilleras.

Con la profundización de la crisis actual, el capitalismo colombiano tiende a perder en forma objetiva su capacidad de respuesta a las demandas populares y, en el futuro, es previsible que se acentúe el proceso de descomposición económica y social del capitalismo en Colombia.

El segundo gran problema que han enfrentado los sectores populares que impulsan la transformación radical de la sociedad colombiana es, muy probablemente, la falta de unidad ideológico-teórica y organizativa de esas fuerzas. En efecto, de entre varios organismos político-militares que existen en Colombia, de entre los que destacan las FARC, el ELN y el M-19, existen desacuerdos que los separan todavía y, por lo mismo, su acción se ve disminuida.

A Perú también lo ubicaría entre los países en donde se está gestando un proceso revolucionario de largo aliento para transformar la sociedad peruana, pues en este país el grado en que la crisis capitalista ha avanzado, está afectando severamente a toda la estructura social, desde a los grupos oligárquicos más poderosos hasta los sectores más empobrecidos de la población. La presente crisis sólo ha contribuido a acentuar los grandes y ancestrales problemas de la economía y sociedad peruanas y parece muy difícil pensar en que el capitalismo peruano se podrá reponer de los golpes provocados por la crisis actual.

En este breve examen de América Latina se puede señalar que hay otro grupo de países que por sus características y desenvolvimiento histórico —y a juzgar por la información disponible—, no parecieran tener profundos trastornos sociopolíticos que pudieran poner en peligro la subsistencia del capitalismo. Esos países podrían ser los siguientes: Venezuela, Ecuador, Paraguay, Costa Rica, Panamá y México. Las características y causas de esa relativa calma política son muy distintas y sale de los propósitos de este examen el definir las y estudiarlas. De ser correcto este vaticinio y sin detrimento del accionar de las fuerzas populares, aun cuando con insuficiente desarrollo político-organizativo, lo más probable es que en el seno de las clases dominantes, grupos y fracciones gobernantes se vayan acentuando las diferencias, ideológicas, teóricas, de política económica. Es decir, en estos países se podrán observar alineamientos y realineamientos de partidos políticos y grupos favorables al sostenimiento del capitalismo, pero con creciente encono entre ellos mismos.

Pero con independencia de la distinta capacidad de respuesta de los trabajadores y de otros sectores sociales a la presente crisis que

en cada país latinoamericano se da, sin lugar a dudas en toda la región se observa una creciente lucha social.

Asimismo y aun cuando la capacidad que objetivamente el capitalismo tiene para mitigar, resolver o posponer problemas, capacidad que en cada país es distinta, lo cierto es que hoy día en América Latina se observa cómo el capitalismo con su actual crisis ha entrado en una etapa en que los problemas, de desocupación, desnutrición, quiebra de empresas, desajustes monetarios y financieros, etcétera, tienden a prolongarse y a ser cada vez mayores.

Es ampliamente conocido entre los economistas latinoamericanos que las crisis capitalistas —y la actual no es excepción—, al mismo tiempo que sacrifican a grandes sectores de trabajadores y capas medias, también golpea severamente a los pequeños y medianos capitalistas, ya que en lo fundamental sólo se benefician los más grandes.

Esta apreciación sobre los terribles efectos del empobrecimiento de vastos sectores de la población sigue siendo una gran verdad, pero hoy magnificada a escala internacional por la gran penetración del capital monopolista internacional, sobre todo del norteamericano. Ciertamente es que en América Latina, los grupos oligárquicos locales son beneficiarios de la actual crisis, pero no son los principales, pues aún a algunos de estos grupos la crisis capitalista los está poniendo de rodillas. Hoy están a título de ejemplos los siguientes grandes grupos financieros en quiebra: el grupo Colombia en ese país; el grupo Alfa en México; algunos de los principales grupos financieros de Chile, el grupo Vulcano de Perú. Aun empresas trasnacionales con inversiones de capital productivo, como las automotrices de Argentina, Brasil y México entre muchas otras, están padeciendo severamente la crisis. Con todo, el principal beneficiario de la crisis actual es el capital monopolista local y sobre todo el trasnacional, en especial, el capital de la banca imperialista, el que hoy por hoy estrangula a todos los pueblos latinoamericanos y a otros sectores del capitalismo latinoamericano. El ejemplo mexicano es claramente ilustrativo. En el curso de sólo cuatro años —1979-1982—, el país ha sido saqueado en una escala sin precedente histórico, pues se estima, de acuerdo con datos oficiales, que de México han salido hacia Estados Unidos principalmente, poco más de 74 mil millones de dólares, por concepto de pagos de amortización de la deuda, de los intereses, por envíos de capital de ricos mexicanos y por ganancias exportadas de la inversión extranjera. Nunca como ahora el capital monopolista se había beneficiado tanto. Este es el enemigo principal a ser derrotado.